

resto de los mortales era indiferente á Felipe. y en cambio, intereses misteriosos, sacrosantos, iban adheridos á su persona...

Miraya continuaba dando suelta á la emoción,

—Claro es que los dacios gritaban más... El conde de Nakusi estaba como loco, y al resonar, despues del canto de Ulrico, el himno nacional albanés, trepó á una silla, para que desde allí se le viese agitar el sombrero... ¡Qué hermoso día, qué hermoso día! Costó un trabajo muy grande disuadir á los dacios arrebatados de júbilo y de amor, de que escoltasen á Felipe María con coches y á caballo, hasta la Ercolani... pero no se pudo evitar la manifestación en la terraza y en los jardines, ni que un grupo, capitaneado por Nakusi, rodease el carruaje en el momento en que su Alteza subió á él...

—¡Hasta Nordis me aclamaba!—murmuró Felipe.

—¿Nordis estaba allí?—preguntó con extrañeza y dejos de inquietud Rosario.

—Allí estaba ese pez... Los de Aurelio se nos han pasado todos: ¡si ya no hay disidencias!—declaró Miraya que, sin embargo, pronunció esta frase con menos aplomo.—¡Y el príncipe ha estado admirable, señora, admirable de todo punto! ¡inspirado! Al despedirse... cuando oyó gritar «¡Viva nuestro príncipe!» respondió así: «¡Viva Dacia!» «¡Viva la independencia!» No se si me creará usted... ¡pero se me humedecieron los ojos!

IX

EL APARECIDO

DESDE aquel momento, Felipe entró en su papel del todo, sin que se volviesen á mentar vacilaciones y escrúpulos. ¿No era, casi oficialmente, el príncipe heredero de Dacia? ¿No habían desaparecido los obstáculos? ¿No henchía el viento propicio las velas del deseo? ¿No cooperaban á la obra cuantos veía en torno suyo; la mujer amada, los entusiastas partidarios, hasta los criados, que ya se llamaban á sí propios *servidumbre*, y sentían — empezando por Adolfo, el ayuda de cámara, como buen parisiense, escéptico por fuera y lleno de ilusiones por dentro — ese singular transporte, fenómeno mal estudiado por la psicología, que se llama *adhesión*? Un incidente demostró estos sentimientos de los servidores.

Dos días después de la excursión á Mónaco, Esteban el cochero se presentó á Rosario, á tiempo que esta atravesaba el atrio para dirigirse á la sala de baños, y gorra en mano y con voz dolorida y quebrantada, explicó que sufría una desgracia muy grande: desde Dacia le re-

clamaba con urgencia su madre, porque su anciano padre había aparecido muerto al pie de un muro. «Sospecho que lo han asesinado—decía trémulo Esteban, —y mi madre tiene miedo de sufrir la misma suerte. ¡Pero marcharme ahora!...» — exclamaba, poniendo en esta frase todas sus ilusiones de patriota dacio, todo su fervor monárquico, todo el ciego interés que le inspiraba Felipe María.

—No importa, Esteban pronunció la chilena afectuosamente, pues era muy dulce con los servidores, y en especial con aquel, en quien sentía la lealtad de un can valeroso y sumiso.

—No importa. Se va usted al punto. En Mónaco, encontrará fácilmente su Alteza cochero que haga estos días el servicio. La madre es primero que todo.

—Pero, señora — exclamó dolorido el cochero, que no quería convencerse aún, — ¡si no comprendo cómo ha podido ser eso! Mi padre no tenía enemigos. Un anciano inofensivo, un veterano de la «guerra antigua» de Iliria, á quien todos estimaban... ¡Asesinarle! Es imposible; habrá pasado cualquier cosa, ¡qué se yo! Una muerte natural, de seguro, y la pobre vieja, trastornada por la pena, habrá creído... Se engaña, de fijo... ¡y vale más que se engañe! Porque si hubiese habido alguien tan infame que se atreviese!... — Y la cara morena y aguileña de Esteban adquirió, en la energía de su expresión de cólera y odio, la dureza de una faz metálica, fundida en bronce.

—Sea lo que sea, Esteban, usted se va ense-

guida—ordenó Rosario.— Ni un minuto más se detiene usted aquí. No hace usted falta; con Cipriano y los troncos de diario, tenemos servicio. Yo me encargo de excusarle con su Alteza. Vaya tranquilo, consuele á su madre...

Esteban, balbuciendo frases de agradecimiento, dió todavía algunas vueltas á su gorra antes de resolverse á marcharse; y decidiéndose por último, declaró:

— No voy tranquilo, señora... por los troncos buenos. El flor de romero, sobre todo, que no lo pongan en manos de algún torpe... ¡Podría ocurrirle á su Alteza un lance!... Si hubiese en Mónaco cocheros que supiesen su obligación!... Son caballos jóvenes, muy inquietos y de mucho poder; no van á estarse así tanto tiempo sin trabajar... y el que los saque, necesita saber lo que lleva...

—No se apure usted—dijo Rosario, compadecida del fiel servidor.— Todo se arreglará, le doy mi palabra. Aproveche usted el tiempo y váyase cuanto antes, sin pensar en nada más. Ahora mismo le mandaré dinero para el viaje.

Apenas se había retirado Esteban, cuando una sombra se atravesó entre Rosario y la luz, y el grito que la chilena iba á exhalar se ahogó en su garganta al reconocer á Yalomitsa. Era, sí, el bohemio; pero en un estado de tan lastimosa decadencia, tan lacio de melena, tan convertido su vivo color de cobre en el tono verdoso que presta la enfermedad á los rostros morenos, — lastimera transformación de aquel Gregorio alegre é imprevisor como un niño ó

como un pájaro,—que la chilena en vez de tenderle las dos mancs con el amistoso ímpetu de la confianza, con la afable franqueza de la hospitalidad, se detuvo sobrecogida.

—¿No me conoces ya, Sari?—pregunto tristemente el bohemio — ¿Has renegado tú también?

—¡Gregorio!—murmuró por fin ella, acercándose.—¡Gracias á Dios! Yo le había dicho á Felipe que le escribiese á usted convidándole á venir...

—Nada me ha escrito, hija mía... Y era natural. Felipe no quería verme, no. Es decir, el que no quería verme... ya no es Felipe, mi Lipe, mi amigo, á quien de niño tuve á caballo en las rodillas. El que no quería verme es su Alteza, el príncipe Felipe María de Leonato, heredero del trono de Dacia, y aclamado en Mónaco hace pocas horas... Vengo bien informado, como ves. Tengo noticias frescas...

—Lo que vendrá usted es muy cansado, muy deseoso de bañarse y reposar, y de tomar algo...

—¡De comer... razón tienes! — contestó melancólicamente Yalomitsa.—¡No todos los días he comido en París esta temporada, hija del corazón! ¡El comer es un lujo como otro cualquiera... y yo .. qué diablos!...

—Pero, ¿por qué no se ha venido usted, Gregorio, escapado, derecho aquí? ¿No somos sus amigos? Nos ha jugado usted una mala partida ..

—¿Venir? ¿A estorbaros, á estropear los úni-

cos días buenos que en la vida habéis tenido? Yalomitsa no hace eso... Si me ves aquí ahora, es que he sabido la presencia de Miraya, y puesto que aguantáis á ese, me aguantaréis á mí.

—Ha hecho usted muy mal en no venir antes... En fin, no le quiero reñir más...

—Mi trabajo me ha costado pagar el viaje... No creas que el dinero se encuentra debajo de las piedras, ni que la gente lo suelta de buena gana. Creen todos que las monedas, si las guardan, van á acompañarles hasta la sepultura; que se las van á llevar en el bolsillo al otro mundo...

—¿Por qué no escribió usted?—insistió Rosario, cada vez más cariñosa, sintiendo los efectos de una terna lástima ante aquella derrotada catadura.—Le hubiésemos enviado á vuelta de correo cuanto le hiciese falta.

—¡Pch! ¡Escribir yo! ¡Escribir por monises! No, hija... Ya sabes que detesto escribir. No hay invención más estúpida que la de la tinta. ¡Así se llevase Judas Iscariote á todos los que embadurnan papel, empezando por el lagartón de Miraya, que tiene la culpa de la mitad de tus desgracias, pobrecilla!

Rosario hizo un movimiento, sorprendida de aquel rasgo de sagacidad del bohemio.

—¡Es usted incorregible! —dijo sonriendo y bromeando. — Venga usted—añadió,—venga usted á descansar, á asearse, que después se le arreglará de ropa... El príncipe se cuidará de eso.

—¿El príncipe? ¿Hay algún príncipe aquí?—preguntó el bohemio, enseñando sus dientes

blancos y agudos.—Si hay príncipes, que me lo avisen... porque pondré pies en polvorosa!...

—Para usted sólo hay aquí amigos, Gregor... Tenga usted juicio alguna vez y déjese guiar. Le cuidaremos, le trataremos divinamente, y volverá usted á estar tan bien y tan satisfecho como en París. No se oponga usted á que yo le mime.

—Por tí, hija mía... por tí me pongo yo á cuatro patas... de alfombra de esos piecitos, que deben moldearse en oro, para que la posteridad sepa lo que es un pie de mujer hermosa, un verdadero pie de los países del sol! Pero por mí... ¿qué más da? No creas, al verme tan flaco y tan verde, que la causa de mi abatimiento es la miseria. No; es que me puse de mal humor, caí enfermo, y me hallé solito, olvidado de todos, próximo á reventar en un rincón como un perro... Tenga yo salud, y me reiré del mundo, y sobre todo del dinero, del maldecido dinero, por el cual se hacen tantas picardías y tantas indecencias, como si al morirnos no hubiésemos de dejarlo ahí todo, todo... Mira, el día en que tu Felipe se ponga majadero con la corona, ¿sabes?, á Gregorio Yalomitsa no le faltan recursos jamás... Agarro mi violín y me voy por los caminos y las aldeas, tocando mis himnos y mis sonatas, más contento que un arzobispo... Aquí me dan un pedazo de pan; allí un vaso de vino ó una copilla de aguardiente; este me ofrece un cigarro, el otro me suelta un par de botas viejas, tan viejas como las que llevo ahora... ¡Y Gregorio vive, y Gregorio se

ríe de la suerte y de las mojigangas y farsas de este mundo! ¡Esa vida fué la de mis primeros años... y sólo en ella se es libre y dichoso!

Al hablar así, ya la expresiva y gesticuladora faz se había iluminado y transformado; corría por ella otra vez la sangre, los ojos de azulada córnea brillaban, y el pelo revuelto vibraba y se sacudía como el de los monigotes de médula de sauco sometidos á los efectos de la corriente.

—Pero, Gregor—objetó Rosario,—no me negará usted que ese traje andrajoso...

Hablando así le remiraba, y notaba lo mugriento de la corbata, la absoluta falta de botones del chaleco, lo destrozado del pantalón, y el lastimoso estado de las altas botas, pareciéndole que se refan al borde de la suela, y que las arrugas no eran arrugas ya, sino cortes transversales.

—¿Miras mi facha?—exclamó regocijadamente el bohemio.—¡Mírala, hija, que tiene que ver! En las estaciones te aseguro que he pasado ratos deliciosos. Aquí, donde todo se vuelve elegancia, última moda y lujo,—un lujo exagerado y ridículo, de *cocottes*;—aquí, donde las mujeres se pasean por el andén con doscientos francos de plumas en los sombreros de paja y mil de encajes en el vestido de batista, me han mirado como se mira á un ser caído de otro planeta, y he oído carcajadas detrás de los abanicos... ¡Si te dijese que el cobrador quería echarme del tren, nada más que por mi pergeño! ¡Empañado en que yo había robado el bi-

llete de primera! Porque vine en primera. ¿Qué te figurabas tú? Ya que tenía con qué... Y al bajarme, en Mónaco, me quedaban ocho francos; pero los dí de limosna á la mujer de un pescador... Así es que tuve que venir á pie. ¡Hace calor, hijal!

—Gregor, es tiempo perdido decirle á usted nada... ¡Si ha de ser usted lo mismo siempre...!

—Lo mismo... Yo no nací para veleta...—añadió el bohemio, recargando el *yo*.—Y tú, paloma, ¿qué tal? ¿cómo lo pasas?

—Bien, Gregorio... muy bien...

—Pues te encuentro desmejoradilla, ¡vive Dios! ¿Y Lipe; puede saberse qué hace Lipe? Tengo más ganas de verle que de beber un grog cargado de ron...

—Beberá usted el grog antes... En este momento, Felipe despacha con Miraya, y ha mandado que no le interrumpan...

Yalomitsa se echó atrás. Sus ojos lucieron con salvaje inquietud y con indescriptible fiereza irónica.

—¿Y va conmigo esa orden? ¿Conmigo, con Gregorio Yalomitsa, que le ha tenido en brazos, que he sido el amigo y el confidente de su madre? ¡Centellas! ¡Sari, le calumnias! Ahora mismo he de abrazar á Felipe, y ahora mismo me vas á llevar á donde esté... ¡Después de los sacrificios que hago por venir! ¡Pues no faltaba otra cosal! ¡Centellas!

Y arrastrando á Rosario, antes que dejándose conducir por ella, Yalomitsa penetró en el despacho como una bomba.

INSTINTO

CONTIBUYÓ la presencia del bohemio en la Ercelani á despejar y normalizar la situación de Felipe y Rosario. Desde la llegada de Miraya se había establecido cierto alejamiento: lo que no fuese encontrarse completamente solos, era estar aislados: la interposición de un hombre equivalía á la de una multitud. Y lo que más les apartaba moralmente, no era la persona de Miraya, sino la idea representada, encarnada por el agente de Stereadi. En Miraya tenían que ver el símbolo de su eterna separación — tan próxima, y que sin embargo parecía una pesadilla.

Viviendo Yalomitsa bajo el techo de Felipe, constaba que a las horas dedicadas á la política, Rosario quedaba acompañada y atendida por alguien adicto y cariñoso, que gozaba fueros de pariente, y que por su humorismo inagotable, era como bufón voluntario, altanero y genial, á quien ninguna ley sujeta, á quien no

mueve el interés, y que sólo por amistad se presta á espantar ajenas melancolías. Yalomit-sa, excluído de los consejos y deliberaciones, «acompañaba» á Rosario, y cada día el cargo daba más que hacer, puesto que cada día estaba Rosario más sola, y mayor número de horas. Ya no era caso desusado el que Felipe y Miraya se pasasen el día en Mónaco ó en Rocabruna, almorzando allí, invitados por Nakusi, conferenciando después con los personajes dacios de ambos partidos felipistas. La situación política era muy distinta que al principio. Como la actitud del duque Aurelio había suprimido el obstáculo más temible que la candidatura de Felipe podía encontrar, los dos partidos, casi desligados de su pacto, empezaban á practicar activos manejos para comprometer á Felipe en el sentido de sus miras é intereses: la coalición, nunca muy estable, se había roto. Es el destino de las coaliciones todas: formadas por la necesidad de aplastar á un enemigo común, se desbaratan el día en que esta necesidad desaparece. Habiendo renunciado el duque Aurelio á sus pretensiones, más enfermo y decaído el rey á cada instante, ya Felipe no hallaba oposición, y á no ser por la sorda pero iracunda resistencia de la reina, celosa hasta más allá de la tumba, no faltaba quien creyese que era posible llamar á Felipe María en vida de su padre, para que éste sancionase libre y públicamente la transmisión de la corona. ¡Sí: á no ser por aquel rencor de una mujer constante en guardarlo y acariciarlo como se acaricia la hoja

lisa de un puñal — rencor que no aplacaban el transcurso del tiempo ni la proximidad de la muerte — Felipe podría ya entrar en triunfo, aclamado príncipe heredero, en lo que había de ser su reino! Pero mientras tanto y, aun cuando hubiese que aguardar la procesión de los sucesos,—esa procesión que lo trae todo, las horas de triunfo y las de derrota, las de embriaguez y las de desaliento, las supremas y las últimas — los partidos, mirándose ya con desconfianza, temerosos del porvenir, se empeñaban en asegurar la presa de antemano. Los liberales y Stereadi llevaban la mejor parte, porque tenían cerca de Felipe á su representante Miraya; pero los del partido antiguo, y el duque de Moldau á su cabeza, no dejaban de confiar en Nakusi, que si bien distaba mucho de poseer la inteligencia y el pico de oro del periodista, tenía sobre él la superioridad de la educación y del nacimiento y en su carácter un sesgo caballeresco, entusiasta y varonil, por el cual se había captado la simpatía del joven príncipe.

Cabildeos y gestiones, intrigas y esperanzas sazoadas, se traducían en movimiento, en una ausencia casi continua de la Ercolani, que ya era para Felipe María un especie de apeadero, donde descansaba antes de asistir á nuevos conciliábulos y de dejarse ver, solicitar y halagar por sus partidarios, nunca saciados de su presencia en los primeros instantes, luna de miel del entusiasmo y la adhesión. Hoy era un viejo general cubierto de heridas, compañero del duque de Moldau, que solicitaba el alto ho-

nor de sentar á su mesa al príncipe; mañana una hermosa patricia, ornamento de la corte de Vlasta—una futura dama de honor de la futura reina de Dacia—que organizaba en los jardines de su villa un concierto ó baile, pretexto para que desfilase ante el príncipe lo más lucido de la colonia. Y Felipe andaba de ceca en meca, en continua exhibición, oyendo el rumor halagüeño que se alzaba á su paso, y recogiendo, mezcladas con sinceras y vehementes pruebas de amor, las prematuras y enervantes auras de la adulación y la interesada bajeza. Eran anticipadas emociones del reinar las que saboreaba Felipe, y se le subían al cerebro como los vahos de un licor emponzoñado, como bocanada de opio que embarga la razón y la voluntad.

Entre sus aduladores más declarados y solícitos, contábase aquel conde de Nordis, agente y mano derecha del duque Aurelio,—el mismo que en París había preparado secretamente la campaña de *La Actualidad* y enseñado á Viodal una estocada pérfida, que sólo por casualidad no envió á Felipe á contarlo al otro mundo.—No eran antecedentes para que Nordis fuese acogido con agrado, y efectivamente, Felipe, en dos ó tres ocasiones señaladas, recibió las humildes protestas de Nordis con rostro grave y displicente. Miraya, partidario de los moldes anchos y conciliadores de Stereadi, hubiese aconsejado una dirección de tolerancia, desconfiada en el fondo; pero el conde de Nakusi, cuyo ascendiente en el ánimo de Felipe

era cada día mayor, sentía por Nordis una repulsión física, invencible. «Podré creer—decía—en la sumisión y en la renuncia del duque Aurelio, que está dando á todos sus partidarios la consigna de adherirse á la causa del príncipe Felipe; pero ¡jamás! ¡jamás! tragaré al Nordis; ni menos á sus adláteres Jegarsa el trapacero y Prunkay el espadachín. ¿Quiere saber vuestra Alteza—añadía con calor—la verdadera causa de que la gente honrada y noble del país se horrorizase ante la contingencia del advenimiento del duque Aurelio al trono? No era otra sino su... indulgencia hacia estos tipos sospechosos! Pedimos águilas y leones, no nos gustan los cuervos ni los buitres. No hemos olvidado que el duque Aurelio es un valiente, un gran capitán; pero nos parece que no ha debido consentir ciertas cosas... Se refieren episodios de la guerra que erizan los cabellos... Hay historias de mujeres atadas á un cañón, desnudas, en presencia de sus padres y esposos; de niños ensartados con los sables; de prisioneros con las orejas cortadas... ¡hasta de rescates por dinero! A mi tío el duque de Moldau no le agrada que se hable de eso... Cree que si tales cosas son verdad deben callarse, y si son calumnias, con mayor razón... Calumnias serán; tal vez el gran duque, obligado á hacer la guerra con tropas indómitas y feroces, no haya podido contenerlas, y ahora se le achacan á él las atrocidades de sus soldados...»

—Eso es lo más probable—observaba Felipe.
—En todas las guerras pueden registrarse he-

ches análogos; si un caudillo es valiente, se le moteja de sanguinario y cruel.

—Cierto—asentía Nakusi; pero con el instinto de sencilla rectitud, que era la única ley de su inteligencia, añadía inmediatamente: —Mas, si eso no fué culpa del duque Aurelio, ¿a qué rodearse de gentuza como Nordis, como Jegarsa el falsario, comprometido en los negocios más turbios, hasta en el de la quiebra de cierta casa de banca judía, quiebra escandalosa, que nadie creyó, y que le costó al Estado varios millones; ó como Prunkay, que se vale de golpes ilícitos en los duelos? Quien es honrado—declaraba Nakusi echando atrás la cabeza con desdén—mal hace en proteger á los canallas: él no los rehabilita, y ellos, en cambio, le desprestigian y manchan á él. Ahí tiene vuestra Alteza á Nordis. De este no sabemos nada concreto, pero lo sospechamos todo; no conocemos su origen ni su familia; de lo que estamos seguros es de que no conviene jugar con él, y yo, no hace dos días, me he separado de una mesa de *whist*, porque ví que le hacían lugar... ¡Y á este hombre, dándonos á toda la nobleza de Dacia un bofetón en el rostro, se le otorga un título, se le inscribe en nuestro libro venerable! ¡Por eso, señor—añadió el joven conde de Nakusi con altanero brío,—por eso y por otras cosas que duelen en el alma á todo patriota, más de un «antiguo» de Dacia ha abrazado la causa de vuestra Alteza, y está dispuesto á dar por ella, si necesario fuese, sangre y vida!

Cuando Nakusi hablaba así, Felipe María le

miraba con interés vivísimo. La naturaleza de Felipe María era más intelectual que otra cosa, y su físico el de un hombre nervioso, impulsivo y variable. En cambio el conde Nakusi ofrecía el tipo de una raza militar y aristocrática á la vez, y sobre todo, enérgica, con su alta estatura, su ancho pecho, su cintura quebrada, su cara de un moreno sano y sanguíneo, su boca sana y de firme dibujo, su aguileña nariz y su mostacho castaño y retorcido. Seguramente en tal hombre no había afinación cerebral; sus raciocinios no eran profundos, pero sí justos y derechos, y su instinto, su primer movimiento, fruto de una voluntad entera y guiada siempre por la dignidad y el culto del honor, no podía engañarle. Sintióse Felipe lleno de confianza en Nakusi, y apoyando su mano en el hombro del mozo, preguntó afectuosamente:

—Usted, en mi caso, ¿recelaría algo de la presencia de Nordis?

—Sí, señor—contestó con fuerza Nakusi.— Tanto recelaría, que librárame Dios de aceptar nunca una taza de té que él me brindase. Vuestra Alteza tiene más entendimiento que todos; pero yo, lealmente, no debo ocultar mis recelos. No me ha mentido nunca el corazón cuando escucho su voz... Guarde bien vuestra Alteza su augusta personal ¡A ese hombre con quien no he querido jugar, le creo capaz de todo! ¡De todo lo malo!

Felipe María calló. No le agradaba manifestar hasta qué punto le impresionaban los augurios de Nakusi, por no parecer pusilánime, de-

fecto que él sabía que no se perdona á los reyes, ni á los que á serlo aspiran; y además, aquello no era pusilanimidad, como no lo es en quien camina de noche y á obscuras estremecerse si ve brillar unos ojos en la sombra. No podía olvidar que Miraya, y no por instinto, sino por análisis, había demostrado también una extraña aprensión al saber la venida y la aparente adhesión de Nordis á la causa de Felipe; y dominándose, con la fuerza de voluntad que sabía desplegar en casos como aquel, nuevamente murmuró, reflexionando:

—Pero si Nordis se atreve á intentar algo contra mí, ¿no será por iniciativa propia? ¿Tendrá instrucciones?...

Nakusi bajó la cabeza: no se atrevía á formular una acusación directa contra el gran duque, al fin el hermano del rey, el valeroso caudillo, el veterano...

—¡Sólo mi tío... ó la reina! —prosiguió Felipe sonriendo, para animar á su interlocutor.

—¡La reina es una señora cristiana! —contestó lacónicamente Nakusi.

—Entonces...

—Guárdese bien vuestra Alteza, señor —repitió el sobrino de Moldau.— Los grandes tienen las desgracia de que á veces les sirven..., hasta el crimen, aunque ellos no exijan tal servicio. El duque Aurelio de cierto no ordenará una infamia, pero Nordis es capaz de adelantarse hasta al pensamiento... Guárdese bien vuestra Alteza — insistió con empeño, cruzando las manos.

XI

MÁS RECELOS

DE las virtudes requeridas para el papel que iba á desempeñar, tenía Felipe, en grado más eminente, el valor; y, sin embargo, las indicaciones de Nakusi le hicieron sentir ese primer escalofrío inevitable, que causa hasta en el hombre más entero el peligro vago y sin forma, imposible de prever, y, por consiguiente, de evitar. La impresión fué rápida; la duración del escalofrío, corta y sin influencia depresiva. Con un desdén que tenía líneas de belleza olímpica y majestuosa, Felipe resolvió conjurar el fantasma del miedo, que se alza sangriento y lívido ante las testas coronadas. Para contribuir á disipar esa preocupación de un orón inferior, aunque tan humano, tenía Felipe otra muy honda y persistente: Rosario y su suerte. A medida que se acercaba el día de romper aquel lazo, más apretado de lo que sospechaba él mismo, el alma de Felipe se sentía invadida de sorda angustia, parecida al remordimiento. La desdicha del hombre moderno, es ser á la